

# Los Annales, hoy

Bernard Lepetit\*

¿HA COMENZADO UNA CUARTA ETAPA DENTRO DE LA HISTORIA DE LOS *ANNALES*?

**C**onfieso haber dudado antes de responder por escrito, y ello por varias razones.\*\* La más evidente es la dificultad que existe en este tipo de asuntos en ser a la vez juez y parte. Desearía, claro está, que el editorial titulado "Histoire et Sciences Sociales. Un tournant critique", que abre el último nú-

mero de la revista *Annales* ESC del año de 1989, pudiese ser leído como el signo de una inflexión en el trabajo de la revista: si no, ¿para qué lo hemos escrito? Pero sí, en el orden del saber, me ha parecido siempre bastante sencillo indicar aquello que no se deseaba hacer, me parece en cambio mucho más difícil definir precisamente y por anticipado una línea de pensamiento nuevo, e incluso imposible captar en su totalidad las implicaciones de dicha línea.



**IZTAPALAPA 36**

ENERO-JUNIO DE 1995, pp. 103-122

---

\* Director de Estudios de la École d'Hautes Études en Sciences Sociales de París. Secretario de la Redacción de *Annales* hasta 1992.

\*\* La existencia de este texto es resultado de la amistosa insistencia de Carlos Aguirre Rojas. La opinión que aquí desarrollo no compromete a nadie más que a mí, aunque la idea de la forma que había que dar a un análisis de este tipo nació de algunas conversaciones con Jean Calude Perrot; la idea del contenido en la segunda parte del ensayo tuvo su origen en ciertas observaciones repetidas de Jacques Le Goff en una exposición de Yur Bessmertny y en una pregunta que me ha planteado Nicolas Koposov; y lo incluí en la tercera parte, finalmente, se originó en un seminario organizado por Alain Boureau y Simona Cerutti. Todos ellos se sorprenderán, tal vez, del uso que yo he hecho de sus sugerencias: que sepan sin embargo que las agradezco.

De tal modo que yo ignoro si esta esperanza es fundada. Y además se trata de una empresa colectiva: una empresa que es fruto de una decisión deliberada del Comité de la revista, la respuesta a una situación



analizada conjuntamente. Pero la función de portavoz del Comité no existe, como tampoco la de historiógrafo oficial: lo que quiere decir que yo no soy portador de ninguna verdad institucional. Finalmente y para decirlo todo de una vez, la noción misma de 'historia inmediata', en la que se apoya mi propia respuesta, me da la impresión de no ser otra cosa que un elegante oxímoron.

La segunda razón se refiere al hecho de que la pregunta se inserta en una problemática que es decididamente *simplificadora*. La *vulgata* afirma: "El movimiento de los *Annales*... podría ser dividido en tres fases", la primera marcada por la posición marginal (de *outsiders*) de sus promotores y por sus ataques en contra de la historia política actual (*événementielle*), la segunda definida por la institucionalización del movimiento y la puesta en práctica de nuevos métodos (como la historia cuantitativa) y nuevos conceptos (como la pareja estructura/coyuntura), y la última por la generalización de la influencia del movimiento y por el desmenuzamiento de las distintas prácticas de sus miembros.<sup>1</sup> Hay cierta ironía, sin duda involuntaria, en el hecho de presentar en un cuadro cronológico tan tosco o burdo un movimiento de pensamiento que hizo de la complejidad del tiempo uno de sus motivos privilegiados de atención. Más seriamente, hay en esta manera de ver las cosas una aproximación equivocada.

Para demostrarlo, puede partirse de una definición *a-mínima* y totalmente externa de los *Annales*: se trata de una revista, apoyada sobre un número importante de colaboradores, y cuyos responsables se esfuerzan en promover una concepción particular (o algunas concepciones sucesivas, lo que aquí no es

muy relevante) de la ciencia histórica y del oficio de historiador. Pero si hablamos de una organización (en el sentido estricto del término), de una red y de formas de sociabilidad intelectual, y de la producción de las ideas, ¿se puede entonces creer que en cada una de esas esferas se despliegan historias parecidas, e idénticamente acompasadas? La pregunta, en todo caso, no será ni siquiera planteada desde el momento en el que se razone en términos de primeros, segundos y terceros *Annales*: aquí cada periodo arrastra con él la adecuación generalizada de todas las evoluciones particulares.

Es necesario, para evitar caer en tales círculos tautológicos, y para analizar el modo en el que los problemas intelectuales cambian de lugar, razonar de manera diferente.

La ciencia de las organizaciones o una historia intelectual reexaminada sugieren una forma diferente de estudiar, en una escala más circunscrita, la manera en que el trabajo intelectual se inserta dentro de determinadas lógicas de situación.<sup>2</sup> Un puente construido por los ingenieros del Departamento de Puentes y Calzadas en el siglo XVIII, el retrato de Kahnweiler pintado por Picasso en 1910 o un número de una revista tienen todos en común el hecho de ser objetos producidos. Todos ellos tienen una cierta afinidad y responden (de manera perfecta o no, ése es otro problema) a las intenciones de aquellos que los han concebido. Son el resultado de la movilización de los recursos disponibles, en una situación dada, para el análisis y la resolución de un problema particular: cruzar un río, representar las perspectivas sobre una superficie plana, practicar el estudio de la historia (hoy) en 1989. Puesto que es algo

cronológicamente circunscrito, el episodio de “tour-nant critique” se presta bastante bien a este tipo de análisis. Puesto que se trata de un episodio bastante reciente o cercano en el tiempo, y dado que yo he participado en él activamente, me resulta bastante fácil dar mi testimonio acerca de nuestros análisis de los datos del problema y de los recursos que hemos intentado movilizar para resolverlo.

#### CRISIS DE IDENTIDAD

Se podría tomar el número de noviembre-diciembre de 1989 de los *Annales*, titulado “Histoire et Sciences Sociales. U tournant critique” como una manera de conmemorar un aniversario más de la revista. Pero todos han comprendido que la tira de color que envolvía la portada proclamando “Los *Annales* cumplen sesenta años” no era otra cosa que un señuelo. No hay en ese número ni conmemoración, ni balance: “la herencia de los *Annales* pertenece a todo el mundo”. Este número, que intenta mirar hacia el futuro, nació dentro de un contexto de crisis.

Para definir esa crisis es necesario distinguir dos niveles: el que corresponde al movimiento —a la escuela de los *Annales*, si se quiere llamar así—, y el que corresponde a la revista. Hasta 1939 el movimiento se apoya esencialmente en la revista: ni la colección “La evolución de la humanidad” publicada por la editorial Albin Michel ni la *Nouvelle Encyclopédie Française* que dirigió Lucien Febvre, ni el Instituto de Historia Económica y Social de la *Sorbonne* después de la nominación de Marc Bloch como su director, ni la Universidad de Estrasburgo

antes de lo aquí mencionado pueden ser considerados como emanación o prolongación de dicho movimiento. Después de la guerra, y sobre todo a partir de los años sesenta, el movimiento encuentra en cambio un arraigo institucional sólido dentro de la VI Sección de la École Pratique des Hautes Études (convertida luego en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales), gana bajo su influencia a la nueva generación de historiadores universitarios, acrecienta su audiencia internacional, y alcanza a un público amplio de amateurs ilustrados. Pero, dado que avanza en extensión, el movimiento pierde la nitidez de sus contornos. Immanuel Wallerstein ha apreciado muy justamente esta situación: "si todo se convierte en *Annales*, nada queda de los *Annales*".<sup>3</sup> Dos elementos vienen a ampliar la confusión.

El primero es la adversidad de las trayectorias intelectuales individuales. Francois Furet, por ejemplo, al principio trabajó con Ernest Labrousse sobre las estructuras sociales parisinas del Antiguo Régimen y después con Jean Bouvier sobre el movimiento de las ganancias.

La encuesta que más adelante condujo junto con Jacques Ozouf sobre la alfabetización deriva de la historia cultural y pone en práctica las técnicas de trabajo y los métodos de tratamiento de las fuentes que han sido característicos de los años sesenta. Publicó luego, en 1971, el que es sin duda el mejor artículo escrito en lengua francesa sobre el uso de la cuantificación en la historia, aunque al volver sobre el mismo tema cuatro años más tarde va a desarrollar al respecto un punto de vista más crítico. Sus trabajos siguientes, como es sabido, tratan desde entonces sobre la Revolución francesa y sobre la

historia de los conceptos políticos: como él mismo ha dicho, la historia que le gusta es una historia intelectualista.<sup>4</sup> Furet publicó mucho dentro de la revista *Annales* durante 20 años (una docena de artículos entre 1959 y 1979), y luego sus contribuciones se espacian (un artículo en 1984 y el último hasta ahora en 1989). ¿Puede entonces creerse que sus investigaciones son representativas, en todo momento, de una "historia característica de los *Annales*"? Para que eso fuera cierto, sería necesario que todos y cada uno avanzaran al mismo paso, mientras que la diversidad de trayectorias particulares más bien aumenta conforme crece el número de aquellos que se reclaman, en un momento dado o en otro, como parte del movimiento.

El segundo elemento se refiere sin duda al funcionamiento de la revista. La publicación de la correspondencia intercambiada entre Lucien Febvre y Marc Bloch deberá permitir muy pronto captar mejor dentro de qué tensiones específicas han sido producidos los *Annales* de entre las dos guerras mundiales.<sup>5</sup> Después, se dispone del testimonio de Fernand Braudel: "Desde 1946 hasta 1956 Lucien Febvre fue de hecho el editor exclusivo de los *Annales* desde 1956 hasta 1968 yo fui de hecho el único editor".<sup>6</sup> Se sabe poco sobre las formas de colaboración, entre 1946 y 1956, desarrolladas entre Febvre y Braudel en torno de los *Annales*, o también sobre las funciones de los dos secretarios de Redacción de este periodo (Robert Mandrou desde 1954 hasta 1962 y Marc Ferró desde 1964 hasta 1969); la realidad ha sido sin duda compleja.<sup>7</sup> Pero se trata de una idea que se ha vuelto corriente, y que contrasta con la situación posterior. A los tres direc-

tores nombrados por Braudel en 1969 han venido a agregarse, para formar el Comité de Dirección, los sucesivos secretarios de Redacción. Y no se trata sólo de una responsabilidad nominal. En realidad el grupo se reúne cada mes, desde septiembre hasta junio de cada año, para debatir acerca de la política de redacción de la revista y examinar una quincena de artículos solicitados o propuestos a ella espontáneamente. Los dominios reservados, según el grado de especialización de unos y otros, no existen; la consulta a la crítica de expertos externos es excepcional. Una verdadera connivencia y el modo de funcionamiento elegido aseguran la libertad de las discusiones, mientras que la riqueza del grupo está directamente ligada a la diversidad de las biografías de sus distintos miembros. Pero este club es muy cerrado y su funcionamiento es mal conocido en el exterior. De lo cual resulta una imagen confusa o nebulosa: al “tiempo de los fundadores”, de Marc Bloch y Lucien Febvre, y después a los “años Braudel”, sucede entonces una “tercera generación” designada con este nombre colectivo y cuyas dimensiones y composición varían según los autores.<sup>8</sup>

Una dirección mal reconocida respecto de lo que ella es realmente en la revista, y una fragmentación de las proposiciones historiográficas (por otra parte, y en cada caso, acotadas de manera diferente según los críticos), en el movimiento: los aires de la época y algunos escritos polémicos le devolvían a los *Annales* el reflejo de una grave crisis de identidad, afirmando por ejemplo que “un aroma de fragmentación emana cada vez más de una escuela en la que cada uno emprende su propio camino de salvación”.<sup>9</sup> Los *Annales* no son ya lo que antes fueron,

pretendían algunos que nos animaban a regresar, posiblemente hasta el fin de los tiempos, a las prácticas historiográficas que habrían sido determinadas de una vez por todas por los fundadores. “Los *Annales* han cumplido ya completamente su función” nos explicaban otros.<sup>10</sup> Y algunos de ellos iban explícitamente hasta el fin de sus razonamientos. “¿Sobrevivirá la escuela de los *Annales*? No estoy seguro... Pues en la medida en que la coyuntura ha sido superada, no sirve de mucho tratar de preservar un nombre. Aun más, puesto que la preservación del nombre disgusta frecuentemente a la memoria”.<sup>11</sup> Nosotros nos hicimos incluso esta misma observación: la posibilidad de terminar la revista en el momento de su aniversario 60 fue una de las hipótesis discutidas dentro del propio Comité. Es necesario explicar ahora porqué esta hipótesis no fue conservada por nosotros.

#### CRISIS DE LAS PRÁCTICAS

En tomo de broma diría que es la consecuencia directa de las críticas precedentes. Pretender al mismo tiempo que el universo historiográfico entero ha sido ganado por la influencia de la Escuela de los *Annales* y que esta última no tiene nada más de esencial que decir y que ha agotado en un fraccionamiento fútil el proyecto de los fundadores de la revista, es describir un cuadro completamente negro. Dentro de este universo desolado, ¿dónde encontrar razones para confiar en el futuro? La reutilización de viejos temas, con viejos colores, no podía hacerse pasar como si fuesen proyectos competitivos innovadores.<sup>12</sup> Los

propios físicos han enseñado actualmente que el tiempo no es algo reversible. De tal modo que hemos tenido la idea de que esas inquietudes, esas incertidumbres cuya imagen se nos proyectaba desde fuera, y que eran también nuestras, podían muy bien estar mucho más ampliamente extendidas. Entonces, dentro de esta coyuntura intelectual, nos ha parecido que podíamos tener una función: la de contribuir a cristalizar las nuevas maneras de hacer la historia, la de dar a la disciplina, tal vez, nuevas razones para creer, puesto que teníamos la impresión de que no éramos los únicos que teníamos necesidad de ello. No tendría mucho sentido repetir aquí las proposiciones en las que hemos creído posible adelantar entonces.<sup>13</sup> Quisiera más bien, explicitando un poco más algunas de ellas, mostrar de qué manera se articulaban esas proposiciones con uno de los polos del proyecto inicial de los *Annales*: el de la historia total.

En 1941, en una conferencia dictada a los alumnos de la Escuela Normal Superior, Lucien Febvre ha explicitado las razones del uso del adjetivo *social* dentro del título de la revista que él había fundado doce años antes:

Nosotros sabíamos muy bien que *social*, en particular, es uno de esos adjetivos a los que se hace decir tantas cosas, con el paso del tiempo, que finalmente no quieren entonces decir casi nada... Estábamos de acuerdo entonces al pensar que, precisamente, una palabra tan vaga como lo era *social* parecía haber sido creada y traída al mundo por un decreto expreso de la Providencia histórica para servir de bandera a una revista que pretendía no rodearse de murallas... No hay historia económica y social. Hay historia, sin más, en su uni-

dad. La historia que es social en su totalidad, por definición.<sup>14</sup>

Pero, así planteado, el análisis de la totalidad social, por su misma globalidad, es una operación intelectual particularmente difícil. Todo se define en las modalidades de su puesta en práctica. Aquellas que han sido comúnmente ejercitadas se apoyan en la descomposición previa del espacio, del tiempo o de los distintos dominios de la realidad humana. El conocimiento del todo es considerado como algo que debe nacer del conocimiento, mucho más accesible, de sus diferentes partes.

Algunas razones de oportunidad explican en parte que la monografía local haya constituido durante más de 20 años el género predominante de la investigación histórica francesa: una ciudad, un departamento o una provincia proveían un tema a las dimensiones de un fondo de archivos localizado, y parecía más fácil convertir una competencia científica regional en una autoridad universitaria de la misma escala. Pero la monografía definida así sobre ciertas bases geográficas encontraba su justificación fundamental dentro de una creencia epistemológica común: la de que el saber global avanza por medio de la acumulación de saberes o conocimientos locales. Reunir de nuevo algunas buenas monografías regionales y reagrupar sus datos para resolver el problema de conjunto: tal es el procedimiento preconizado tanto por Lucien Febvre en 1922 como por Ernest Labrousse después de la Segunda Guerra Mundial.<sup>15</sup> El proyecto, sin embargo, fracasó. El estudio de los procesos generales —el ennoblecimiento dentro de la sociedad del Antiguo Régimen,

o la Revolución industrial, por ejemplo— no fue el resultado de la combinación de los análisis precedentes; ese estudio se desarrolló dentro de otro marco, en otra escala, con otros métodos y otros indicadores. En lo que se refiere a los manuales de historia general, si ellos retoman con frecuencia en sus fundamentos algunos elementos de saber positivo monográfico, es para darles a estos últimos, exclusivamente, un estatuto ilustrativo.

Todo impide que el proyecto acumulativo pueda prosperar: lo mismo el aislamiento de los investigadores que llevan a cabo individualmente sus trabajos que la evolución de problemáticas en la medida en que esas investigaciones se elaboran, la ausencia de reflexión sobre la significación (variable de una monografía a otra) de los límites adoptados y por lo tanto sobre la manera en que ellos se articulan a otros objetos de escalas diferentes. Esperar que sea posible tener acceso a ciertas consideraciones generales de este modo, efectuando la suma de distintas observaciones particulares, es confundir el recorte de las piezas del rompecabezas con las líneas del dibujo de la imagen representada en ese mismo rompecabezas, líneas que precisamente intenta encubrir dicho recorte. Así, en este modo de proceder de la investigación, lo local y lo global no se comunican entre sí, o sólo lo hacen mal. El acceso a la historia global mediante una descomposición geográfica del universo histórico tropieza con dificultades metodológicas que conducen finalmente a reiterar ciertas descripciones monográficas, que encuentran su propia finalidad en ellas mismas, y que tienden a reedificar su objeto.

Dos objeciones vienen sin embargo a la mente, en



el intento de minimizar estas dificultades. La primera subrayaría la idea de que la ciudad, la región o el Estado no son solamente categorías espaciales del análisis. Son al mismo tiempo seres geográficos los que son diferencias en el paisaje natural o cultural y los flujos de relaciones económicas o sociales. Por

lo tanto, sería legítimo que se les estudiara en sí mismos: su reedificación resultaría lícita, porque cada una de las categorías del análisis encuentra su correlato exacto dentro de la realidad. La segunda objeción es de naturaleza diferente: el cambio de escala al cual corresponde la monografía local deriva su legitimidad de la uniformidad de las situaciones. Esa monografía tendría el estatuto de un *sondeo*. Dentro de su escala, el investigador desarrollaría en ella una historia que valdría para un conjunto más amplio: lo que el análisis de la región de Beauvais, de Lyon o del Languedoc nos mostraría sería el sistema socioeconómico del Antiguo Régimen en su totalidad. En este caso la totalización no se operaría ya por medio de la adición, sino mediante la homología. Es necesario examinar sucesivamente estas dos objeciones.

Analizaré, para hacer frente a la primera de ellas, las modalidades de puesta en práctica, por parte de la investigación histórica, de las categorías temporales. Al igual que la escala espacial, la escala cronológica es un elemento determinante para la lectura de un fenómeno. Pero las figuras del tiempo y del espacio no ofrecen las mismas formas de estructuración de la experiencia: al tiempo uniforme del calendario, descomponible en unidades de duración variable pero homogéneo y repetitivo, se opone el espacio heterogéneo y particularizado de la carta. En apariencia, la materialidad de los lugares ofrece a las operaciones de recorte del espacio ciertos puntos de apoyo y líneas de diferenciación más sólidas que las que el despliegue lineal del tiempo es capaz de ofrecer a los recortes cronológicos: ¿cuáles serían los equivalentes temporales de la ciudad, de

la región o del espacio nacional? El realismo posible de las categorías espaciales de análisis no encuentra su contrapartida dentro del orden temporal. El indicador es entonces pertinente para el uso que yo deseo hacer de él: quiero mostrar que el uso de las categorías analíticas está fundado en una actitud epistemológica semejante y que desemboca en dificultades del mismo género.

Para la "historia historizante" criticada por los fundadores de los *Annales*, el acontecimiento constituía la unidad temporal que la exploración de los archivos permitía restituir; después, la crónica formaba la totalidad cuya construcción, por concatenación de distintos hechos tenidos como verdaderos, agotaba la descripción histórica. La explicación progresaba por la simple acumulación de acontecimientos, lo mismo que de nuevos detalles. El historiador que, por el contrario, era convidado por la Escuela de los *Annales* a realizar un trabajo de comprensión, adoptaba un modo de proceder opuesto al anterior. Cada momento, sea cual sea su duración, combina una pluralidad de tiempos sociales de los cuales cada uno se despliega según ciertos ritmos y cierta escala que le es propia. La explicación resulta de un proceso de identificación y de desajuste, las unas con las otras, de esas temporalidades múltiples. El procedimiento no postula nada en cuanto a la duración de la secuencia cronológica que desea explicar: la época de Felipe II y la crisis revolucionaria de la primavera de 1789 derivan del mismo tipo de análisis que procede por una suerte de superposición y entreveramiento de niveles y ya no por aglomeración. Pero se observa claramente que la transformación no se refiere solamente al modo de



proceder. Ella afecta también al estatuto de los objetos temporales concernientes: el acontecimiento (en el sentido de objeto histórico, sin postular aquí nada respecto de su duración) constituye ahora la totalidad, y las múltiples crónicas en el seno de las cuales él se inscribe forman las partes cuyas modalidades de combinación hacen la explicación. Veamos lo que está en juego en este proceso explicativo, donde las palabras clave son las de *descomposición y correlación*.

Dentro del desorden aparente de lo particular se teje un orden: el de la aproximación de las series cronológicas individualizadas inicialmente. Los precios del trigo de las principales ciudades de la región del Bassin Parisien que evolucionan al unísono señalan la existencia, alrededor de la capital, de una región económica unificada, de la misma manera que los números paralelos de los movimientos de los barcos en los grandes puertos mediterráneos y después en los puertos atlánticos nos señalan el funcionamiento de las economías-mundo. La evolución conjunta de las curvas demográficas y de los precios de los alimentos de base nos permite leer las modalidades del sistema de equilibrio de las poblaciones y de los recursos. Los movimientos opuestos de los salarios, de las rentas y de los beneficios marcan el funcionamiento de una formación socio-económica y determinan sus estremecimientos políticos. Para quien sabe leerlas, las curvas que dan cuenta de las fluctuaciones en varios lugares y en diversos niveles son un medio de acceso a la globalidad. Sus propias correlaciones son el signo y la garantía de que la realidad de la que ellas son la medida forma un sistema. Esas curvas se inscriben

así dentro de un proyecto de historia total. Pero ellas apenas permiten, sin embargo, el cumplimiento de ese mismo proyecto.

Entre la pluralidad de los tiempos es sabido que son dos dimensiones las que generalmente han sido privilegiadas sobre las demás: la de las tendencias seculares de la larga duración y la de las diversas oscilaciones cíclicas que cubren periodos que se escalonan desde sólo algunos años (ciclo Kitchin) hasta aproximadamente medio siglo (ciclo Kondratiev). Por un lado, la estructura, "realidad que el tiempo desgasta mal y que transporta lentamente", y por el otro lado el "recitativo" de la coyuntura.<sup>16</sup> El acoplamiento de estas dos categorías temporales ha provisto durante mucho tiempo de un certificado de cientificidad y ha fundado el orden de exposición de los resultados de la investigación.<sup>17</sup> En esta aproximación, corresponde a la técnica estadística la carga de reducir la complejidad de la totalidad: la descomposición de las series cronológicas forma parte del bagaje de todo historiador. Se conocen las etapas tradicionales más usuales. Ellas coordinan la puesta en evidencia del movimiento más largo, luego su eliminación y en consecuencia la puesta en evidencia del movimiento de duración inmediatamente inferior al precedente, para, mediante una nueva eliminación, llegar a una nueva puesta en evidencia, etcétera. Una representación gráfica venía generalmente a ilustrar el discurso: en ella cada movimiento se enrollaba sobre el eje formado por el movimiento de duración inmediatamente superior.<sup>18</sup> Este modo de proceder amerita dos observaciones.

Por un lado, este modo establece de hecho una jerarquía entre los movimientos de duraciones dife-

rentes. Cada uno de ellos tiene, en relación con el movimiento de amplitud inmediatamente superior, el carácter de residuo: el ciclo Kondratiev, por ejemplo, es lo que queda en el momento en el que se elimina la tendencia secular. El estatuto del acontecimiento (en su sentido tradicional, en esta ocasión) es el de ser una simple agitación de la superficie, el revelador de ciertas estructuras o coyunturas de las que él no es más que la manifestación visible de sus efectos, y sobre las que este acontecimiento sólo da testimonio: lo más importante está entonces del lado del tiempo largo. Pero nada —salvo la técnica estadística y el orden en el cual ésta aísla los distintos movimientos— justifica esta jerarquía. Esta última no encuentra su fuente ni en una descripción fenomenológica (aquella en las escalas de la conciencia temporal de los actores, por ejemplo) ni dentro de un análisis teórico del proceso: su lógica es completamente externa al sistema del que esta jerarquía pretende darnos las claves, mediante su movimiento de descomposición/recomposición.

Por otra parte, las formas de la articulación de las temporalidades de diferentes duraciones no se encuentran tampoco pensadas. “Ciclos de Kitchin, de Juglar, de Kondratiev y sus fases se superponen sin discusión posible”: a decir verdad, estos ciclos no se superponen más que dentro de las gráficas que evidentemente Pierre Chaunu tiene dentro de su cabeza en el momento en que escribe esta frase.<sup>19</sup> Porque, por lo demás, esos ciclos no se comunican. Si, como lo ha sugerido Ernest Labrousse, una formación social posee la coyuntura de sus estructuras, entonces la renovación de los caracteres estructurales debe encontrar su origen en otras fuentes

distintas que la del movimiento coyuntural; pero tales fuentes no existen. De aquí derivan dos consecuencias sobre el plano historiográfico. La primera es un repliegue alternativo, sea hacia una historia coyuntural al modo de la realizada por Labrousse, o sea hacia la más larga duración de la “historia móvil” hace poco postulada por Emmanuel Le Roy Ladurie. La segunda es el gran éxito temático alcanzado por la revolución: la historiografía de la segunda posguerra conoció revoluciones de todos los géneros: demográfica, agrícola, industrial, intelectual, e incluso política. Porque entonces todo resulta ser mutación brusca dentro de una historia que no es capaz de concebir el cambio más que como discontinuidad radical entre una estructura y la sucesiva. En estos dos comportamientos metodológicos de huida se observa un mismo síntoma: el de la incapacidad para recomponer la totalidad histórica, cambiante por naturaleza, al final de un proceso de descomposición analítica que se suponía realizado para mostrar justamente esa totalidad. La dificultad es del mismo tipo tanto en el orden temporal como el orden espacial.

Queda la segunda objeción: la monografía es el microcosmos a cuya escala se desarrolla la historia total, que toma en cuenta a la vez las dimensiones económicas, sociales y culturales de la experiencia humana. Partiré, para examinar esta idea, de la historia social. Esta última ha sido en Francia, de entrada, un estudio de las estructuras: se trataba de definir, delimitar y enumerar los grupos, examinar las relaciones de dominación y de dependencia que los vinculaban entre sí, y finalmente, las formas de estratificación social derivadas de todo lo anterior.

La polémica no es en general el medio a través del cual progresa el saber histórico; por ello, resulta digno de subrayar que el problema de la naturaleza de las estructuras sociales del Antiguo Régimen haya dado lugar, en los años sesenta, a una de esas últimas polémicas. A los defensores de la naturaleza de clase (definida ésta en términos de estatuto socio-profesional y de nivel de riqueza) de las sociedades del Antiguo Régimen, defensores agrupados en torno a Ernest Labrousse, se oponían los partidarios de la idea de una sociedad de órdenes, fundada en una estima social colectiva vinculada a cada condición, partidarios dirigidos por Roland Mousnier.<sup>20</sup> Este debate resulta interesante hoy por los bloqueos que revela: retomaré aquí solamente aquellos que derivan del uso o la utilización de las categorías.

Desarrollado en los términos arriba planteados, el análisis de las estructuras es necesariamente tautológico. Ya sea que se privilegie a las jerarquías de riqueza, o a las formas más frecuentes del matrimonio en el seno de un grupo, en los dos casos el



resultado del escrutinio de los registros fiscales o de los archivos notariales viene solamente a alimentar con datos empíricos las categorías preestablecidas. Desafortunadamente, las clasificaciones son múltiples; y son al mismo tiempo, sea parcial o totalmente, inconciliables entre sí, pero también comprobadas por la observación empírica. El precio a pagar entonces, para poder salvar una u otra de esas clasificaciones, es particularmente elevado, incluso teniendo sólo en cuenta las exigencias bastante limitadas de la propia disciplina. El historiador comprometido en esta polémica debe entonces realizar en un mismo movimiento todos los procesos siguientes: tiene que invocar, contra las otras interpretaciones históricas con las que compete, un simple argumento de autoridad (como en el caso del recurso a Marx, en tanto teórico de las clases, o el recurso al oscuro Loyseau, en tanto teórico de los órdenes); remitir al rango de simples ideologías las clasificaciones mediante las cuales se autoconcebían las sociedades de antaño, sosteniendo que esas visiones tradicionales no hacían otra cosa que ocultar las “realidades profundas” del pasado; postular además la simplicidad fundamental de lo real, cuyo conocimiento podría entonces progresar mediante la reducción a un principio único; reedificar las categorías analíticas a fin de darle estatuto y fuerza de evidencia a la descripción cifrada en la cual se resume el análisis social; y finalmente, negar a los actores una capacidad creadora.

Una de las primeras críticas a este modo de proceder sociográfico fue hecha por Jean Claude Perrot. En un artículo publicado en 1968, considerando que “las sociedades son al mismo tiempo lo

que ellas piensan que son y lo que ignoran de su propio ser”, este autor proponía estudiar, más que las estructuras, las relaciones sociales. Las ceremonias públicas, las formas de asociación, los lugares de encuentro o las manifestaciones de violencia constituían otras tantas dimensiones de la sociedad citadina, cuya descripción permitía acceder también al conocimiento de las sociedades del pasado.<sup>21</sup> Publicado en 1975, y a diferencia de todas las monografías de historia urbana de aquellos tiempos, el libro de J. C. Perrot sobre Caen no incluye ningún estudio particular de las “estructuras sociales”. Pero la alternativa que él propone aquí es incluso diferente de la que había sugerido algunos años antes: no más que el análisis de las estratificaciones. Tampoco el solo análisis de las relaciones sociales es susceptible de agotar la comprensión de las sociedades. “Una lectura perspicaz debe ser capaz de sentir que los comportamientos de la población, la práctica médica, los procesos que ordenan y regulan la producción, los intercambios, el acondicionamiento de los barrios, describen de modo eficaz los fundamentos de la historia social”.<sup>22</sup> Es otra manera de acercarse y de reencontrar la definición braudeliana de la sociedad concebida como “conjunta de conjuntos”,<sup>23</sup> subrayando, mediante la diferencia, su distancia respecto del modo de proceder habitual. Sea directamente, sea invirtiendo los términos, el debate antes mencionado se inscribía efectivamente dentro de un modelo marxistizante y además simplificador de las categorías. Desde lo económico hacia lo social y de lo social hacia lo cultural, sea cual fuere el orden de esas determinaciones (para Labrousse, con la eco-

nomía en primer lugar; para Mousnier, en cambio, con la sociedad en el principio, e incluso con la cultura a la cabeza en la posición de los últimos trabajos de Pierre Chaunu), se suponía siempre entre esos niveles una relación de adecuación generalizada. Ajustando por ejemplo las categorías sociales a las clasificaciones propuestas por la historia económica, e inscribiendo enseguida los hechos políticos o culturales dentro de los compartimientos del marco socioeconómico así constituido, se hacía derivar la historia global de una suerte de totalización en línea, convertida en posible por el hecho de que los diferentes elementos que se iban deduciendo podían ser clasificados de una manera idéntica.

Pero la significación de ese tipo de totalización no fue nunca sometida a ninguna prueba, porque se encontraba ya completamente contenida dentro de la segmentación y la jerarquización iniciales. Se trataba entonces de una simple tautología: la yuxtaposición de varios estudios parciales (demografía, economía, sociedad, política, cultura) no hacía otra



cosa que desaparecer el verdadero problema. Abandonar entonces el campo de una historia total cuya imposibilidad parecía percibirse podía convertirse en algo más que una mera tentación. La fragmentación de la disciplina histórica hasta la historia de las técnicas, y de la historia económica hasta la de las mentalidades) —campos que fueron considerados cada uno durante un cierto tiempo como dominios entonces pioneros— da testimonio respecto de ese abandono. Igualmente atestigua la preferencia por el refugio ofrecido por una antropología cultural, en la cual el análisis de las representaciones tiende a cerrarse sobre sí mismo, y donde los discursos pasados se encuentran además reedificados. La recomposición de la globalidad, una vez más, termina metodológicamente en un callejón sin salida. Cosificadas, las categorías analíticas simplificadoras osifican los procesos históricos y los modos de proceder intelectuales que los hacen evidentes.

#### DESPLAZAMIENTOS

Todos recuerdan las últimas frases de la introducción al libro de *La arqueología del saber*: “Prepara ahora usted la salida que en su próximo libro le hará posible reaparecer en otro lugar, haciendo burla igual que la hace en este momento: ‘No, no, no estoy allí donde ustedes tratan de descubrirme sino aquí, desde donde los miro, riendo’”.<sup>24</sup> Lo que Michel Foucault define aquí en unas pocas palabras es todo un proyecto epistemológico. A menos que quieran limitarse a repetir algunos viejos dogmatismos, las ciencias sociales —y con ellas también la historia— deben

siempre estar ubicadas en otra parte, distinta de aquella en la que se encontraban antes y donde se habría esperado justamente encontrarlas. Pero ¿cómo pensar de otro modo, olvidando la evidencia de los métodos aprendidos, de las categorías recibidas, de las tradiciones acumuladas? La interdisciplinariedad, entendida como proceso de préstamo regulado entre ciencias humanas que mantienen claramente su identidades, es un medio que permite estos necesarios desplazamientos. En los años treinta de este siglo ¿no es acaso verdad que los historiadores de los *Annales* utilizaban ya para esos mismos fines las primeras investigaciones de un joven economista llamado Camille-Ernest Labrousse? La exposición de un modo de proceder, más que de sus resultados, que yo estoy siguiendo aquí, me autoriza para proponer solamente un esbozo de las posibles transferencias, algunas simples notas de lectura redactadas desde el enfoque del problema particular de un nuevo tipo de acceso a la totalidad.

Tomaremos prestado un primer ejemplo a la sociología de la acción. Luc Boltanski y Laurent Thévenot proponen, en una serie de artículos y de obras, considerar las acciones humanas como una sucesión de situaciones en las que los actores, comprometidos dentro de un cierto cambio interpersonal, movilizan sus capacidades para justificar su posición determinada.<sup>25</sup> Rechazando entonces partir tanto del individuo abstracto traído al mundo por la economía política, como de las clases o grupos sociales a los que nos habían acostumbrado las ciencias sociales y las estadísticas del Estado, estos autores proponen considerar únicamente a las personas “en situación”. Y si ellos privilegian las situa-

ciones de crisis, por ejemplo un conflicto dentro de una fábrica, o las situaciones de denuncia (como las quejas declaradas en un comisariado, o las cartas de protesta enviadas a un periódico), es porque el compromiso que se construye localmente revela las tensiones que existen entre los varios modelos posibles de legitimación de las posiciones individuales, obligando entonces a su explicitación. En la disputa o en la denuncia, cada protagonista moviliza un sentido de lo que es justo (por ejemplo, en un conflicto de fábrica: la defensa de valorar a las personas según su capacidad profesional, de respetar las leyes del mercado, de mejorar las condiciones de trabajo, de desarrollar la democracia sindical, etc.). Boltanski y Thévenot toman prestado de la filosofía política los seis *modelos* (en el sentido fuerte del término) de justicia que ellos denominan *ciudades* y que constituyen las categorías de una gramática de la legitimación y del compromiso, estando los recursos a disposición de los actores.

Nuestros autores ofrecen así una alternativa a los esquemas de análisis anteriores y proponen una nueva representación de las relaciones entre lo particular y lo general, entre lo individual y lo colectivo. Ellos rechazan al mismo tiempo tanto considerar a lo colectivo como una forma de imposición que pesa sobre los actores, como la postura de dotar a estos últimos de una racionalidad pura y perfecta. En su visión, lo colectivo aparece más bien como el producto de una construcción fechada y provisoria, como el resultado de un acuerdo activo, pero temporal e inestable, que idealiza durante un cierto tiempo y dentro de una configuración particular, los recursos críticos idealizados por los actores según las

características de la situación del momento. La estabilidad y la duración de esas construcciones colectivas remiten a la diversidad de los recursos movilizables y a la heterogeneidad de los recursos efectivamente movilizados.

Se ve claramente, en este proyecto, cómo la recurrencia a los principios de legitimación consolida los objetos y las instituciones sociales y organiza las configuraciones interindividuales particulares. Se ve en cambio menos claramente la manera en que estas últimas afectan a esos modelos de legitimación que parecerían escapar a la historia y llegar hasta la universalidad. La escala geográfica y cronológica de un análisis, que es válida sin duda para la situación contemporánea de las sociedades occidentales desarrolladas, no permite en cambio estudiar situaciones donde se invierte no solamente un régimen local de justificación (el momento en el que el principio democrático arrastra dentro de una empresa al principio de eficacia técnica en el proceso de organizar el trabajo, por ejemplo), sino también donde se modifica el conjunto de los recursos movilizables, los núcleos de referencia a disposición de los actores: nos gustaría imaginar análisis similares aplicados a sociedades nacidas de una conquista o de un proceso de mestizaje cultural.

Pero aunque olvidan esta dimensión de la historia, los libros de Boltanski y Thévenot proponen a los historiadores ciertas modificaciones en puntos importantes acerca de su manera de llevar a cabo las cosas. Estos autores recuerdan que cada teoría, dentro de las ciencias sociales, se acompaña de un cierto tipo de temporalidad pertinente, y que esta última está en estrecha relación con las capacidades

con las que la teoría considerada, dota a los actores.<sup>26</sup> Sugieren, como alternativa a la crónica narrativa y también a la historia de larga duración, el interés analítico de la secuencia breve, de la escena circunstanciada. Proponen, en fin, algunos procedimientos de totalización que no se desarrollan por medio de la simple agregación, sino que derivan de la capacidad misma de los actores, de las modalidades de la evaluación general de las situaciones dentro de las cuales esos actores están comprometidos, de las formas de “ascenso en la generalidad” de las que son capaces dichos actores y que en su conjunto constituyen el vínculo social.

El problema del vínculo social recorre igualmente, desde hace muchos años, toda la obra de Jean-Pierre Dupuy, construida en torno a dos ideas fundamentales.<sup>27</sup> Por un lado, la idea de que si las ciencias sociales responden de manera tan diferente a esta misma cuestión es porque el vínculo que une a los hombres es fundamentalmente visible: “La sociedad posee una unidad ‘por sí misma’, es decir, más allá o, más bien, a pesar de la voluntad y de la conciencia de los individuos que no obstante ‘la actúan’” (1991, p. 10). Al mismo tiempo, no existe dentro de la sociedad un punto fijo exógeno que sería trascendente en relación con los actores: “La colectividad humana toma como punto de referencia aparentemente exterior alguna cosa que de hecho proviene de ella misma, de la composición de las acciones interdependientes de sus miembros” (p. 66). ¿Cómo aclarar entonces el mecanismo? El pánico, proceso de individualización, extremo en el que la sociedad se pulveriza y en donde, en el mismo tiempo (movimiento) se recompone una nueva forma de totaliza-

ción, nos da por ejemplo el medio de aclarar dicho mecanismo. Toda una bibliografía de estudios de campo aporta a la vez una confirmación —pues el pánico pertenece a la clase de representaciones sociales autorrealizadoras— y una hipótesis: se pasa de una situación de equilibrio a la de pánico sin solución de continuidad, y entonces la descomposición del orden nace del orden mismo. La psicología de masas y la ciencia económica, Freud y Walras, nos proveen los elementos para avanzar. En situación de pánico, la multitud desarrolla un proceso de imitación generalizada, en el que uno copia al siguiente, contribuyendo a hacer surgir un comportamiento general cuyos caracteres no son preexistentes al sistema, y que además tienen la apariencia de ser exteriores a él. En el mercado, los agentes económicos racionalizan sus comportamientos en referencia a un sistema de precios que se considera como determinado por factores objetivos exteriores a esos mismos agentes, aunque en realidad es la combinación de sus decisiones la que hace surgir dicho sistema. De este modo, el mercado y la multitud “contienen” el pánico en los dos sentidos de este término: en tanto que constituyen su límite, su barrera, y también en tanto que lo llevan dentro de sí, lo incluyen como algo propio. ¿Cómo encontrar un mejor ejemplo de episodio “excepcional normal” dentro del cual se revela, de un solo golpe, la totalidad en sus principios de funcionamiento?

Avancemos todavía un paso más, un paso que nos permitirá regresar a la historia. El especulador hábil, si hemos de creer a Keynes, es aquel que adivina mejor que el conjunto de la multitud lo que esta última hará. La observación conduce a subrayar

el interés del análisis de los juicios convencionales y de los procesos de especulación. En periodo normal, las referencias de cada uno son evidentes a los ojos de todos los demás y las conductas se distribuyen en relación con las convenciones compartidas. En periodo de crisis y de pérdida del sentido común, la única conducta racional consiste en imitar a los otros. Nuevas referencias, aparentemente objetivas y exteriores al sistema de los actores, se elaboran dentro de este mismo proceso. El historiador se encuentra aquí claramente confortado respecto de la utilidad de sus propios estudios. El mecanismo imitativo se abre hacia lo nuevo, hacia lo indeterminado; ese mecanismo es potencialmente capaz de hacer emerger cualquier objeto. Pero "en el tiempo o transcurrir efectivo del proceso, ese mecanismo se encierra sobre el objeto que él mismo ha elegido según una dinámica autorreforzante" (p. 96). Ese mecanismo es el producto de una historia, y depende entonces de un cierto progreso definido. No es seguro sin embargo que un historiador debe estar tranquilo y sereno por tales proposiciones. Si bien es cierto que "el objeto que surge no está determinado deductivamente a partir de la estructura formal del juego", ¿qué pueden valer entonces ciertas maneras de hacer la historia inscritas bajo el signo de la pareja estructura/coyuntura? No valen tampoco mucho más los modos tradicionales de la narración. La ilusión de la pertinencia en todos los sentidos de una narración particular es completamente válida, tanto para la narración histórica como para la biografía.<sup>28</sup> Precisar entonces los modos adecuados de plantear los problemas, para comprender la construcción dinámica del vínculo social, deriva obvia-

mente de un programa de investigación pluridisciplinaria.

Convenciones compartidas por un cierto tiempo: una tendencia nueva en la economía, que ha recurrido a la historia como a una arma para hacer explotar el núcleo duro de la teoría económica que gravitaba en torno al concepto de equilibrio de un mercado competitivo puro y perfecto, se funda justamente en este nuevo paradigma.<sup>29</sup> Sobre el problema de la totalidad, esa economía de las convenciones plantea de manera sistemática y de un modo frecuentemente nuevo muchas de las cuestiones a las cuales el historiador se enfrenta con respecto a ese mismo problema de la totalidad. Subrayaré solamente algunas de ellas. De entrada, la convención constitutiva no es el resultado de un contrato positivo de tipo rousseauiano, sino el producto de un sistema de interacciones individuales. Es al mismo tiempo el futuro de ciertas acciones particulares y algo que constituye un marco constrictivo (y las más de las veces opaco) impuesto por la "sociedad y la tradición", para retomar los términos de Durkheim. En el proceso de construcción de lo social, esa convención o convenio replantea la oposición simplificada entre el individuo y las estructuras, entre la libertad y la coerción, entre el pasado y el presente. Luego, si la convención económica es una representación colectiva (susceptible de tomar cuerpo tanto en las organizaciones como en las reglas del derecho) que permite la coordinación de las conductas individuales, entonces la oposición reductora entre los "hechos" y las "representaciones" (y la fuga metodológica hacia el análisis de las representaciones consideradas en sí mismas) se encontraría claramente



descalificada. Los sistemas de conocimiento, la construcción de la memoria, los procesos de aprendizaje, la información adquirida no constituyen aquí un simple marco para la aprehensión de los fenómenos: más bien ellos registran e instituyen a estos últimos.

La variedad de principios de coordinación posibles crea un universo complejo. De ese modo, nos aleja de la tentación del pensamiento de la totalidad mediante su reducción a un principio único de explicación. El juego abierto entre los distintos varios modos de coordinación permite evitar cualquier determinismo funcionalista o estructuralista. Ese juego invita a reexaminar el tipo de racionalidad supuesta de los actores. Permite no reducir a estos últimos a la simple expresión estadística de la coherencia de los grupos a los cuales esos actores pertenecen, sin renunciar sin embargo a la explicación dinámica de las conductas colectivas concebidas como conjunto de relaciones. Entre lo económico y lo social, entre lo cultural y lo económico, entre lo social y lo cultural, ese juego permite concebir la sociedad como un sistema generalizado de equivalencias parciales y de tensiones locales cuyas modalidades son decisivas para comprender el cambio. Porque la economía de las convenciones o de los convenios, en fin, se inscribe resueltamente dentro de una perspectiva temporal. Todo nuevo sistema de convenciones aparece entonces determinado por la contingencia de su historia. La irreversibilidad y la crisis de las convenciones caracterizan el sistema económico. El aprendizaje y la racionalidad de los procedimientos son el destino de los actores.<sup>30</sup>

¿Deriva la solución, por lo tanto, completamente estructurada, de las proposiciones de algunos eco-

nomistas? No se trata de creerlo así, pero es cierto que las dificultades que esos economistas no logran resolver son, para los historiadores, otras tantas incitaciones a renovar sus cuestionarios y a precisar sus análisis. La mayor parte de los economistas inscriben resueltamente las convenciones del lado de las fuerzas o pesos temporales. Rutina, producción repetida de objetos conforme a sus estipulaciones implícitas o explícitas, reglas que hacen posible reducir los efectos del azar: la convención obtiene su estabilidad, en primer lugar, del tiempo mismo. Y este señalamiento tiene sus consecuencias. Los acuerdos entre los actores son siempre susceptibles de presentar una figura particular, pero ellos se inscriben la mayor parte de las veces como una variación localizada dentro del conjunto más vasto de las convenciones dominantes. Hay en ese punto tres posibles motivos. Por un lado, el análisis otorga mucha más atención al modo en que la convención no puede verdaderamente modificar el compromiso entre ciertos actores localizados, que a la manera en que la secuencia de los compromisos renueva —día tras día, y a través de su propia sucesión— a esas mismas convenciones. Por otro lado, la gradación de la escala temporal de los economistas resulta en este punto escueta: entre la muy larga duración de las convenciones y la sucesión de los instantes de su comprobación, no hay nada más. Finalmente, la conciencia temporal de los actores se encuentra marcada por una disimetría: la anticipación tiene para esos actores, dentro de los modelos considerados, más importancia que la experiencia. Todo acontece como si las convenciones tuvieran a su cargo el pasado, mientras a los actores les correspondiera el

futuro. Nuevamente un problema que concierne a la cuestión de los tiempos: tengo la impresión de que aquí se halla el esbozo de otro programa de investigación, al cual la historia debería contribuir. Pero sobre todo, hay también allí otras maneras de abordar lo social y de pensar una totalización dinámica, que vale la pena explorar.

¿Han cambiado los *Annales*? Cada uno es libre de realizar al respecto su propio análisis particular, para llegar finalmente a una respuesta que, en mi opinión, es tan reveladora de la propia posición de su autor como de la posición de la revista. Y como me es imposible no caer yo mismo dentro de las consecuencias de esta forma de apreciar, es por ello que me ha parecido más útil dar, a modo de respuesta a esa pregunta, algunos fragmentos de una cierta manera de actuar o de trabajar. Cada quien apreciará el grado de pertinencia de esos fragmentos. Pero entonces, ¿cómo concluir en este caso? Tal vez retomando algunas frases del “Manifiesto de los nuevos *Annales*”, redactado por Lucien Febvre para iniciar el primer número posterior a la Segunda Guerra Mundial:

Bloch y yo quisimos, en 1929, unos *Annales* vivos. Y espero que aquellos que por un tiempo aún largo prolonguen nuestro esfuerzo, prolongarán también nuestro deseo. Porque vivir es cambiar. Sentimos gran admiración —y es de admirarse— frente a esas grandes revistas que se instalan en una parcela del saber con la conciencia tranquila, con la indiferente placidez de una pirámide de Egipto. Allí están. Y allí se quedan. De lejos dan la impresión de una imagen majestuosa. Pero, después de todo, las pirámides son tumbas. En el centro

de su enorme masa tienen cautivo a un muerto ilustre y momificado. Frente a esas pirámides nosotros decimos ¡vivan el cemento y el vidrio transparente!<sup>31</sup> Cambiar, entonces, para expresar una continuidad, y también porque, como el historiador sabe por experiencia, toda la carga temporal, el futuro y el pasado reposan sobre el presente.

#### NOTAS

- 1 Peter Burke, *The French historical revolution. The Annales school, 1929-1989*, Cambridge, 1990 (cita en la p. 2).
- 2 M. Baxandall, *Patterns of Intention. On the historical explanation of pictures*, New-Haven y Londres, 1985; Patrick Fridenson, “Les organisations: un nouvel objet”, *Annales ESC*, 1989, 6 pp. 1461-1477; Jean Claude Perrot, “Quelques préliminaires a l’intelligence des textes économiques”, *Une histoire intellectuelle de l’économie politique, XVIIe-XVIIIe siècles*, París, Editions de l’EHESS 1992.
- 3 Immanuel Wallerstein, “Beyond *Annales*?”, *Unthinking Social Science. The limits of Nineteenth-Century Paradigms*, Cambridge, 1991, pp. 218-226 (cita en la p. 224).
- 4 No es nuestra intención dar aquí una bibliografía completa de la obra de François Furet. Me limitaré a las obras más antiguas, que no abordan la historia de la Revolución Francesa y de los conceptos políticos: Jean Bouvier, François Furet, Manuel Gillet, *Le mouvement du profit en France au XIXe siècle. I. Industrie et artisanat*, París, 1965; A. Daumard y F. Furet, *Structures et relations sociales a Paris au milieu du XVIIe siècle*, París, 1961; F. Furet y J. Ozouf, *Lire et écrire, L’alphabétisation des français de Calvin à Jules Ferry*, París, 1977. Los dos artículos citados son “L’histoire quantitative et la construction du fait historique”, *Annales ESC*, 1971, y “Problèmes des sciences contemporaines”, *Diogène*, 1975, que han

- sido republicados en F. Furet, *L'atelier de l'histoire*, París, 1982. El prefacio original de este último libro deriva igualmente, en lo que concierne a la escuela de los *Annales*, de la constatación o acta de defunción, en el momento en que él evoca (p. 8) "una hegemonía de influencia y de reputación, no una escuela de pensamiento; y ni siquiera, sin duda, un espíritu general común".
- <sup>5</sup> A la espera de esa publicación de la correspondencia, puede uno remitirse al libro de Carole Fink, *Marc Bloch a life in history*, Cambridge, 1989.
- <sup>6</sup> Fernand Braudel, "Personal Testimony", *Journal of Modern History*, 1972, pp. 448-467 (cita en la p. 461).
- <sup>7</sup> Marc Ferró, en su libro *Histoires de Russie et d'ailleurs*, París, 1990, nos da algunos elementos de apreciación al respecto.
- <sup>8</sup> François Dosse, *L'histoire en miettes. Des "Annales" à la "Nouvelle histoire"*, París, 1987. El cuadro del Comité de Dirección que este libro incluye en la página 3, y que ha sido sacado del libro de Hervé Couteau-Bégarie (*Le phénomène nouvelle histoire*, París, 1983) resulta, para quien conoce el funcionamiento de la institución, bastante inexacto. Véase también Peter Burke, 1990, pp. 65-66.
- <sup>9</sup> François Dosse, 1987, p. 256.
- <sup>10</sup> Georges Duby, "Le plaisir de l'historien", *Essais d'ego-histoire*, reunidos y presentados por Pierre Nora, París, 1987, pp. 109-138 (la cita es de la p. 132). Desde 1980, Georges Duby abogaba por un ecumenismo de las prácticas (véase Georges Duby y Gerard Lardreau, *Dialogues*, París, 1980, pp. 96-97).
- <sup>11</sup> Immanuel Wallerstein, "L'homme de la conjoncture", *Lire Braudel*, París, 1988, pp. 7-24 (cita en la p. 22).
- <sup>12</sup> Lawrence Stone, "The revival of narrative. Reflections on a New Old History", *Past and Present*, 1979, pp. 3-24.
- <sup>13</sup> "Tentons l'expérience", *Annales ESC*, núm. 6, 1989, pp. 1317-1323.
- <sup>14</sup> Lucien Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, 1953 (citada en las pp. 19-20).
- <sup>15</sup> Lucien Febvre, *La terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*, París, 1992. Para el caso de Ernest Labrousse puede uno remitirse, por ejemplo, a su prefacio al libro de Pierre Leon, *La naissance de la grande industrie en Dauphiné (fin de XVIIe siècle 1869)*, París, 1964.
- <sup>16</sup> Fernand Braudel, "Histoire et sciences sociales. La longue durée", *Annales ESC*, 1958, pp. 725-753.
- <sup>17</sup> Véase, para un ejemplo paradigmático el libro de Pierre Goubert, *Beauvaisis de 1600 à 1730. Contribution à l'histoire sociale de la France du XVIIe siècle*, París 1960 (Primera parte, *Las estructuras: los trazos dominantes de la sociedad beauvaisina en el siglo XVII*; Segunda parte: *La coyuntura, las fluctuaciones económicas, sociales y demográficas en Beauvaisis desde 1600 hasta 1730*).
- <sup>18</sup> Para un buen ejemplo al respecto, véase Jean Bouvier, *Initiation au vocabulaire et aux mécanismes économiques contemporains (XIXe-XXe siècles)*, París, 1969 (capítulo 2).
- <sup>19</sup> Pierre Chaunu, "L'économie. Dépassement et prospective", *Faire de l'histoire*, bajo la dirección de Jacques Le Goff y Pierre Nora, París, 1974, tomo II, pp. 51-73 (cita en la p. 59).
- <sup>20</sup> *Ordres et classes*, Coloquio de la Escala Normal Superior de Saint Cloud, realizado en 1967, París, 1974.
- <sup>21</sup> Jean-Claude Perrot, "Rapports sociaux des villes", *Annales ESC*, 1968, pp. 241-268.
- <sup>22</sup> Jean-Claude Perrot, *Genèse d'une ville moderne. Caen au XVIIIe siècle*, París, 1975 (cita de la p. 944).
- <sup>23</sup> Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècle*, París, 1979. 3 volúmenes (cita del volumen 2, p. 407).
- <sup>24</sup> Michel Foucault, *L'archéologie du savoir*, París, 1969 (cita de la p. 28).
- <sup>25</sup> Se puede comenzar con sus dos obras más recientes: L. Boltanski, *L'Amour et la justice comme compétences. Trois essais de sociologie de l'action*, París, 1990, y L. Boltanski y L. Thévenot, *De la justificación. Les économies de la grandeur*, París, 1991.
- <sup>26</sup> Nicolas Dodier, "Agir dans plusieurs mondes", *Critique*, junio-julio de 1991, pp. 427-458.
- <sup>27</sup> Jean Pierre Dupuy, *Ordres et désordres. Enquête sur*

- nouveauparadigme*, París, 1982. También el libro *La Panique*, París, 1991, que es el que yo analizo aquí.
- <sup>28</sup> Jean-Claude Passeron, "Biographies, flux, itinéraires, trajectoires", *Revue Française de sociologie*, 1990, 1, pp. 3-22.
- <sup>29</sup> "La science économique et l'auto-organisation", *Economie appliquée*, 1985, núms. 3-4. "L'économie des conventions", *Revue économique*, marzo de 1989; "La science économique et l'auto-organisation: résultats et perspectives"; *Economie appliquée*, 1989, 3; Jacques Lesourne, *Economie de l'ordre et du désordre*, París, 1991; "Symposium on organization and economics", *Journal of New Economic Perspectives*, primavera de 1991.
- <sup>30</sup> Robert Boyler, Bernard Chavance, Olivia Godard (directores), *Les figures de l'irréversibilité en économie*, París, 1991.
- <sup>31</sup> Lucien Febvre, "Face au vent. Manifeste des *Annales* nouvelles", *Annales ESC*, 1946, pp. 1-8 (cita en la p. 1).